

Necesidad de comunicación

Dos tipos de palabras. Deseo y necesidad (*)

La verdadera necesidad de hablar. No se ve cómo se podría intentar designarla sin darle los rasgos de la necesidad de hablar que viven los hombres que no hablan: que no han tomado la palabra. Y si uno mismo, habiendo ya comenzado a hablar y hablando todavía, quiere hacer la experiencia de la real necesidad de hablar, no se ve cómo alcanzarla sin ensayar al menos el ponerse bien o mal en el lugar o en la piel de los que no han tomado la palabra. De buen grado o no, hay que estar de acuerdo en que la palabra es una especialidad. Es un privilegio. Es algo que se aprende. Largamente. Con años de estudios. Con latín y griego, mejor todavía. La división del trabajo llega hasta esto. Hay hombres que hablan y otros que callan. ¿Cómo es que, pese a que, según se tiene entendido, somos apasionados de todo lo que dice, curiosos respecto a todos los modos de expresión,

(*) Con la publicación del presente trabajo, iniciamos una nueva sección, que comprenderá traducciones de artículos, ensayos, notas o fragmentos de libros, inéditos en castellano. Nos ha movido a ello, el deseo de poner en manos del estudiante y del lector en general un material útil y no conocido entre nosotros, y la necesidad imperiosa de difundir el nombre de figuras jóvenes cuya importancia europea es ya considerable, y que en nuestro ambiente resultan desconocidas en mayor o menor medida.

finalmente nos apasionamos menos, nos interesa menos lo que tienen que decir los hombres de expresión que lo que pueden tener que decirnos a veces los hombres que no hablan, aquéllos a quienes no se ha dado la palabra? No se quiere aquí responder a esta cuestión. Sólo dejarla sentada. ¿Será porque hay que aprender a hablar, simplemente, hacerse adiestrar primero? ¿Puede ser que, en consecuencia, únicamente o casi, hablen los que se han dejado adiestrar? ¿Qué únicamente o casi, tengan el medio de hablar los que se han dejado adiestrar? ¿Y que así, casi todo lo que se dice esté hecho de lo que tiene que decir hombres adiestrados a hombres adiestrados? ¿Dónde está el hombre que habla al hombre, en todo ésto? ¿Qué es esta comunicación de perro sabio a perro sabio, o más bien, de perro de guardia a perro de guardia? Se busca a alguien; nunca se encuentra más que gente educada, cultivada, es decir gastada, munida de ideas, habituada a todo, como se dice, a la "condición humana". En realidad, hombres sometidos, sujetos al estado de cosas. Uno desconfía. Finalmente, ¿no habrá más que un hombre, el que no ha tomado la palabra? Si queremos conocer a la humanidad, tendríamos que buscarla entre los que no han tomado la palabra todavía y a quienes trabaja la necesidad de hablar. En esta perspectiva, nos aventuramos a proponer lo que sigue.

De ningún modo es inadmisibile hablar para no decir nada: es, por el contrario, la función de la palabra que domina en todas las literaturas, que las constituye a todas como literatura. Esta palabra se puede definir, primero, como la que no hace más que desplazar el silencio; segundo, como la que procede del deseo, de las ganas de hablar. La otra, rompería el silencio y procedería de la *necesidad* de hablar.

La primera no hace más que desplazar el silencio. Esa es su gloria o su vergüenza, como se quiera. Pero no interrumpe, no tiene naturalmente la facultad y muy a menudo no ambiciona interrumpir el silencio en general, ni el silencio de las almas a las que se dirige. Por silencio en general, se entiende la multitud de los que no hablan, y que componen sin embargo para cada uno de nosotros la humanidad verdadera. Por alma se entiende la totalidad concreta de las facultades de un hombre, totalidad capaz de manifestarse activa o pasivamente como una facultad única. Y ciertamente el alma tiene necesidad de una palabra así, es decir de una palabra francamente dirigida a ella, y verídica, un alimento pues para ella, pero que no rompa el silencio, que no la lleve por ejemplo, a dudar de su identidad, de la naturaleza que ha imaginado ser la suya, ni de los lí-

mites que ha podido asignarse o de las grandes líneas que ha concebido como su destino. En suma, de todos sus alimentos, esta palabra "para no decir nada" o literaria, es quizá el que le es más necesario. Es lo que le permite mantenerse idéntica a sí misma. No se trata aquí de condenar esta palabra. Los riesgos de muerte miserable, de pérdida de la identidad más elemental, son demasiado numerosos, demasiado urgentes, para que se afecte desprecio hacia lo que simplemente alimenta, da reposo, reconforta o permite estar en forma, o simplemente tomar pie, o solamente tomar aliento. El trabajo cotidiano más humilde consiste en juntar, llevar a sí y restaurar ese *mínimum* de existencia cierta, orgánica, que un solo día de vida alcanza a hacer jirones. Son actos de nacimiento que hay que rehacer sin cesar, y una nada basta para quitarles la fuerza. Se comienza entonces a perder toda fuerza humana y a veces se llega hasta la completa disolución, en la cal viva del hastío. En este sentido, sólo la pretensión menos admisible, el hecho de situarse aparte de la suerte común, puede inducir a condenar la palabra de las literaturas. Es la fanfarronería de los santos, la tentación libidinosa del silencio. Muy por el contrario, conviene esperar de la palabra "para no decir nada" o literaria, una posibilidad de renovación casi tan indefinida como los sucesos de la experiencia, de la "novela" que es la existencia individual de cada uno. A cierto nivel de bienestar, esta palabra es el pan cotidiano de la sensibilidad, lo que le vuelve a dar vida y frescura. Permite alejar el hastío, jugar. Hay que jugar: he aquí una de las cosas más ciertas del mundo, hablar para no decir nada, bromear con las cosas serias, divertirse con ellas —no de cualquier modo, naturalmente— pero afectando poder pasarse sin ello se corre el riesgo de hacer lo menos serio que hay, que consiste en reventar de seriedad. Se trata, en todo casi, de la enfermedad de la juventud, de la cual el hábito de vivir, que da gusto a la vida, permite curarse. Sin embargo, esta curación elemental no le basta a nadie. Nuevas exigencias no cesan de ponerla en cuestión. Estas exigencias corresponden a la necesidad pura de hablar que quisiéramos aquí aislar.

Ante todo, este trabajo de preservación, que llamaremos siempre "literario", este trabajo de mantenimiento por el juego, de renovación afectiva, no siempre es posible. Hay hombres que no hablan, y a quienes no se dirige la palabra. Es notable, es de una importancia infinita notar que sin embargo hablan, se hablan y que su palabra, que no espera no decir nada, desempeña no obstante el mismo papel para ellos que una *literatura*, con esta diferencia: que

de ningún modo es una literatura, y que es, por ejemplo, enteramente clandestina, no recopilada, no escuchada, y que ellos lo saben. Lo que es, no el hastío, como hace un momento, sino la vergüenza.

Después, aun en el nivel en que este trabajo de preservación "literaria" es posible, no es todavía más que un primer trabajo. En el mejor caso, conduce a la costumbre, a la sangre fría, al esclarecimiento progresivo de las conciencias sobre su propia situación. Consigue a veces hasta alejarlas de su infelicidad primera. Ya es mucho. Pero más allá de este trabajo de conservación, de seguridad, no es posible evitar el de buscarse un destino. Una vez salido de lo "natural" de la comunicación inmediata, de la clandestinidad vergonzosa pero suficiente, el nuevo trabajo que fatalmente se impone consiste en preguntarse, ahora que uno ha sobrevivido, en qué se podría emplear esta supervivencia. Este nuevo trabajo, si se emprende con toda la pasión y el ardor aventurero que le dan su sentido, expresará toda la actividad creadora del alma. No puede ella eludirlo. Apenas asegurada su puesta en pie, el arraigamiento la amenaza. Se puede hablar entonces: uno es avisado y honesto, interesado, interesante, culto, sabio, sumiso, humanamente nulo. Si logra afirmarse, el arraigamiento protege muchas posibilidades de pequeñas recaídas cotidianas; pero excluye al mismo tiempo toda posibilidad de destino voluntario. El arraigamiento no es un grado superior de seguridad. Es su superación ilegítima, exagerada, monstruosa. Esto se convierte entonces en el segundo gran peligro del alma que se ha salvado de la liquefacción del primer hastío: el arraigamiento —con una única consecuencia: la dulce consumación vegetal a la cual la religión ha estado a punto de constreñir a reducirse a la existencia humana, y donde la existencia humana no pudo encontrar una segunda naturaleza, de la que le queda indudablemente algo, pero en la que no le sucedería ya sino el pudrirse allí mismo nuevamente de hastío, no habiendo servido para nada, a no ser para aumentar el hastío del mundo, si es verdad que se puede tener por inexistente, como se cree, toda la poesía de la que son capaces todavía los arraigados, especie de canto en las hojas con el que se acuna la existencia vegetal.

Recordemos que lo que quisiéramos aquí aislar es la pura necesidad de hablar. Y repitamos, para precisar el sentido de esta descripción, demasiado abstracta y que puede prestarse a confusión, que la palabra que sirve "para no decir nada" desempeña en la vida humana, con toda certeza, un papel indispensable. Se trata de la literatura. Si en este momento intentamos representar su negatividad,

de modo bastante artificial, exagerando mucho, no es más que para buscar las razones extremas que puedan dar cuenta, teóricamente, del silencio hecho por los hombres de palabra, sobre el comunismo en particular.

Teóricamente, el comunismo debería llegar a satisfacer la necesidad pura de hablar y a asegurar a la comunicación su universalidad. ¿Cómo la palabra "para no decir nada" no iba a ver en él un peligro? Sin duda, como ella es vital, el mismo comunismo no podrá pasarse sin ella. La comunicación universal, la necesidad de hablar, la palabra para no decir nada, finalmente, serán una sola cosa: no habrá más que un tipo de palabra. Pero entretanto, hay categorías de palabras diferentes, clases diferentes de palabras, aún antagónicas. La palabra para no decir nada, tal como está actualmente condicionada, y por más que sepa que es vital, teme en principio encontrar en la comunicación universal su propia regresión. No es vital todavía más que en un cierto nivel. No se despliega más que sobre un silencio de multitud alrededor de ella, en el centro de grandes círculos de multitudes silenciosas, y gracias a ese silencio.

Exagerando siempre mucho, la otra palabra, cuya definición buscamos aquí, sería justamente lo opuesto a las letanías con las que se acompaña la existencia vegetal. En consecuencia, si ella corresponde a algo, se distinguirá también de la palabra para no decir nada, cuya degradación extrema representan estas letanías, un juego que se ha vuelto somnoliento, el mantenimiento maquinal de una sensación de ser disminuido. Si existiera, mas bien traería consigo la interrupción de estos cantos de silencio; interrumpiría el silencio; sería lo que interrumpe, suspende, prohíbe, desorienta. Más que desorientadora debería ser precisamente desnaturalizadora. Tendría por efecto escandalizar el alma, sacarla precisamente desnaturalizadora. Tendría por efecto escandalizar el alma, sacarla de sus especializaciones, confundirla hasta el fondo de sus razones más transparentes: ponerla fuera de sí. (Y por supuesto, se reencontrará en la literatura misma).

DESEO Y NECESIDAD. LA NECESIDAD DE COMUNICACION

Podemos intentar decir ésto del modo siguiente. La primera palabra no escandaliza. Causa: corresponde a la subjetividad del alma. Es su bienestar, su complacencia, su placer. Procede más del deseo que de la necesidad de hablar. Como tal, está llamada más a

alimentar las necesidades elementales del alma (necesidad de que a uno lo reanimen, necesidad de no oír, o necesidad de oír hablar para no decir nada, que son necesidades del alma pasiva). Mientras que el otro tipo de palabra expresaría justamente la necesidad de romper el silencio de las almas. Por ella encontraría satisfacción la necesidad de decir aquéllo sobre lo cual todo el mundo se esfuerza en callarse; pudiendo ser la decisión más firme de hablar sólo un medio privilegiado de callarse en lo que toca a eso. Esta palabra correspondería pues a la necesidad de decir aquéllo sobre lo cual se ha hecho el silencio. Ya no procedería tanto del deseo cuanto de la necesidad de hablar y como tal, estaría llamada a alimentar las necesidades superiores del alma (necesidad de oír, de encontrar un destino).

Al respecto, y sin querer sistematizar demasiado, adelantaremos al menos la proposición siguiente. El deseo puede ser visto siempre como una hipótesis hecha sobre la naturaleza de la necesidad que se juzga desarrollada por él. La necesidad sería entonces como la sustancia del deseo. Y todo deseo que consigue liberarse de esta incertidumbre sobre sí mismo que es su enfermedad infantil, llega a ser efectivamente adulto, pero deja al mismo tiempo de ser nada más que deseo y se convierte en necesidad. Que es lo que hace decir, desde que se lo reconoce (es su definición): "no podría vivir sin ésto" y, en consecuencia, *lo que fundamenta toda certidumbre posible*. En oposición a la incertidumbre de los deseos, la certidumbre que acompaña la necesidad es lo que da precisamente todo su sentido al compromiso adulto en la existencia. Es por el paso del mundo caprichoso de los deseos al mundo del conocimiento de sus propias necesidades que un hombre se convierte en adulto. Lo que en ese paso se realiza no es de ningún modo una reabsorción de sus deseos. El adulto puede, por el contrario, fijarse mejor a sus deseos porque conoce mejor las necesidades que los fundamentan. Adulto es quien sabe que tiene necesidades. Es también por eso que los hombres de las clases pobres son, en conjunto, más adultos que los hombres de las clases ricas. La riqueza, como tiene por efecto mantener en su indeterminación la multiplicidad de los deseos de juventud, obstruye el acceso a la edad adulta y en consecuencia mantiene el infantilismo. El que es rico debe estar dotado de facultades excepcionales para escapar, aunque fuera un poco, a este infantilismo. Hay pocos ejemplos de ello.

La necesidad de hablar que se distingue del deseo o de las ganas de hablar, no tiene nada de inmediato. Casi siempre exige ya la

especialización. En esto se distingue también de la necesidad elemental de hablar. Llamémosla pues, la necesidad final o la necesidad superior de hablar, para distinguirla a la vez de la necesidad inmediata de hablar y de la región intermedia entre estas dos necesidades, donde reina solamente el deseo de hablar, que por otra parte hay que atravesar necesariamente para pasar de la una a la otra. Si esta necesidad superior existe, no puede sin embargo diferir en nada esencial de la necesidad elemental de hablar. Esta es también muy diferente del deseo de hablar. Esto significa que la necesidad profunda del intelectual especializado puede resultar idéntica a la necesidad inmediata del proletario, el valor supremo idéntico a la necesidad más material.

Estamos forzados a considerar nuevamente la existencia de una palabra que debe ser un acto real de no-comunicación revestido con las apariencias de la comunicación. Esta es, en efecto, otra manera de decir que la mayoría de las obras de la inteligencia surgen en la región de la falta de necesidades, en el entre-dos-simplicidades que está bajo el imperio de la estupidez metódica, coherente y pretenciosa. Es necesario que las obras se sometan más o menos a sus leyes para hacerse recibir. Cómo llegar a explicarse sin simplificar nada? Uno nunca está hasta tal punto seguro de lo que piensa, de la manera en que ve las cosas. Uno no está seguro más que de dos o tres cosas, uno no tiene más que dos o tres ideas. El resto es un agregado. Uno cree que la gente, que el mundo, que ellos son más exigentes que éste. Uno se guía entonces por esa opinión, y esta manera de exagerar equivale siempre a una simplificación. Uno no se atreve a salir sin las vestiduras de la coherencia. Desgracia primera, tontería fundamental, que pierde a la gente que se ocupa de las cosas del espíritu antes que a la otra. Se lleva a cabo así el aburguesamiento de todas las facultades. Esos guantes, ese sombrero, ese abrigo, esas polainas de la coherencia son las insignias de la no-comunicación con las que visten a propósito para asegurar la comunicación, bajar a la calle y andar por el mundo y entre la gente: que desconfía. Tal sería la curva de esta suerte desgraciada: como uno se interesa por la gente, se ve llevado a hacer cosas como si no se interesara y a la larga deja en efecto de interesarse. Cuando uno vuelve a bajar de su habitación donde, como dicen Swift, "se ha velado por los demás mientras los demás dormían", "y dormido cuando los demás estaban despiertos", agrega, va está listo. Ya tiene uno puestos los guantes, el sombrero, vestido de coherencia de la cabeza a los pies, cortado, se-

parado, sin comunicación, sin contacto, peor que esto: listo para provocar el rechazo, la desconfianza, el silencio y el apartamiento, luego el rechazo irónico y la broma, el escarnio, la burla y pronto el rechazo irritado, la indignación y el desprecio, la cólera, el odio, el rechazo lleno de odio. Ya está listo. Ha pasado del lado de la aristocracia de la coherencia.

Todo ocurre entonces como si el medio noble de expresión, la palabra escrita, no se desarrollara sino sobre la atrofia de la facultad de expresión general de la que nace y que la justifica. Sobre la atrofia de la necesidad simple, general, por así decir fisiológica de comunicación. Es pues casi superfluo hacer notar que no se trata aquí de la dificultad que trae consigo el empleo de un lenguaje reflexivo, muy especializado. Sino más bien de la pura y simple pérdida de la necesidad elemental de hablar, en beneficio del deseo concertado, de las ganas de hacerlo que se han vuelto habituales, se diría profesional. Resultaría fuera de lugar por lo tanto recomendar escribir "simplemente", "hablar como todo el mundo", etc. Por el contrario, la necesidad superior de hablar debe si no coincidir, al menos coexistir con la necesidad elemental de hablar. Es decir, con la necesidad de dirigirse directamente a la gente, de estar con ella en el mismo plano en cualquier circunstancia y en cualquier lugar, en cualquier sociedad y a propósito de cualquier cosa. La una y la otra, en los dos extremos, representan en su realidad la comunicación. Si se participa ya de alguna manera de la confusión ruidosa del mundo de la pseudo-comunicación, de la charla, del "sprit", de las sutiles asociaciones de congratulación mutua sobre las maneras inéditas de decir las cosas que no son las cosas de la comunidad, si se vive pues, parcial o totalmente, en las regiones sociales donde la manía de hablar de absolutamente cualquier cosa en el mismo tono se ha generalizado hasta el punto de llegar a ser un modo de vida por otra parte mediocre o no desprovisto de grandeza —eso depende de la gente— pero siempre vano si caemos en la cuenta de la falta de universalidad que hace posible todo eso —reunión de traidores a quienes se tiene deseos de traicionar lo antes posible—, una de las mejores experiencias posibles de esa comunicación elemental pero esencial que falta, son quizá los viajes al extranjero, y de preferencia a los países cuya lengua no conocemos muy bien, que permiten rehacerla del mejor modo. La simplificación maravillosa que resulta de esto, lejos de ser negativa, nos sumerge de golpe en el estado de simplicidad que el

miserable hábito de los matices marchita. Entonces se tiene la posibilidad de reaprender cuáles son las primeras palabras que es indispensable conocer para poder hablar con un hombre, y cuáles son las segundas, y cuáles son las terceras, y cuáles las que no vienen sino después. Entonces es posible, en cuatro frases que se vuelven el equivalente de la mayor naturalidad, establecer con cualquiera la relación absoluta que permite captar una vida en la totalidad de sus razones de ser, fuera de todos los accidentes (de los matices), de todas las contingencias que de ordinario trastornan irremediablemente la visión. Este lenguaje sería al lenguaje que sirve para los discursos, lo que los gestos del amor a los comportamientos generales que aseguran las relaciones entre los hombres.

Esta palabra que procede de la necesidad de hablar, si sigue siendo del alma, es de la parte del alma que el alma controla menos. Casi siempre se encuentra sordamente mezclada a la palabra de las literaturas, de donde consigue surgir alguna vez. Hasta llega a suceder que domine, barriendo las prudencias del arte y todas las combinaciones profesionales. Estos bruscos y vastos claros dejan ver en fin *lo que puede la palabra de un hombre*. Así, tal vez, la palabra que no es la de las literaturas salva sin embargo toda literatura. El percibir sus acentos en una obra literaria, por ejemplo, impide declararla "literaria" es decir prescindible. Y ella permite a las palabras del arte, que no dependerían de otro modo sino de la necesidad propia a las técnicas *estéticas* (es decir, al conjunto de medios destinados a hacer *sentir* las cosas), adquirir un acrecentamiento de necesidad, sin el cual siempre piensan las palabras del arte que podrían pasarse, pero cuya privación no soportan sin rebajarse a un rango que saben muy bien que es inferior, y que es aquel en que se hace "literatura". Esta necesidad suplementaria es la que poseen naturalmente las palabras de los momentos de transportes, a la vez imprudentes y lúcidas, hipotéticas pero exactas, exageradas, pero en el mismo nivel de lo que tienen de exageradas las condiciones de vida más normales, en una palabra: las que son dirigidas en realidad a alguien, o que se producen en la espontaneidad del sueño o de la imaginación despierta, pero en todos los casos bajo el dominio de la *necesidad*. La palabra que viene de la necesidad de hablar debe ser vista entonces como lo que más se acerca al *verbo* otrora imaginado. Es la parte de verdadero verbo de la cual es sin duda portadora la existencia humana concreta. Es decir, la voz del alma *objetiva*, que fuerza al alma a oír lo que en ella hay de más absolutamente extraño a ella. Además, sólo después de esto, después de haber oído bien esto llega a ser verdaderamente ella misma: reunión de todas las facultades en una, objetiva y simple. Nunca es obje-

tiva si no es obligada, reconducida a la objetividad: es decir expulsada, arrojada fuera. Nunca es simple si no es rechazada, reducida por la fuerza a la simplicidad. Esto equivale a decir que se convierte en ella misma cuando no puede dejar de percibir que lo que tiene de más precioso es lo que no tiene. Dicho de otro modo: que no es sino *necesidad*. Que su esencia es la necesidad. Y desde allí y sólo desde allí, quizá podrá también confiar un poco en sus antiguos deseos.

Aquel a quien semejante dureza rechaza, se condena a la misma endeblez, llora a la puerta de los mismos refugios ficticios y en consecuencia corre el mismo ridículo sin gracia que las conciencias que sin cesar denuncian indignadas “la violación de las conciencias”, ayer a propósito de la educación primaria, hoy a propósito del “penthotal” y de los “sueros de la verdad”. Por cierto que no hay que dejar nada a disposición de ninguna policía. Pero si se juzga en teoría, si se supone pues durante un segundo que todo medio existente puede no ser fatalmente también un *medio de policía*, se dirá: todo lo que pueda ser violado debe ser violado. De otro modo, ¿qué puede significar ese secreto que todos tendrían el medio de descubrir y que gritaría: “Quiero permanecer secreto, les ruego, discúlpenme, arréglenme el refugio donde pueda permanecer secreto?” Evidente sólo después de haber decidido violarlo todo, si se puede, se sabrá qué es verdaderamente *inviolable*: lo que compone el en-cuanto-a-sí, el alma, el fuero interior. Pero pedir que sea preservada la debilidad de las almas discretas por miedo de que no quede nada de ellas, es lo que sólo se atreven a hacer los últimos de los espiritualistas. Hay que estar persuadido evidentemente que el alma es una actitud, una afectación, para tener miedo de que a uno se la violen. (Del mismo modo que, en general, es preciso no haber adherido nunca apasionadamente a las cosas del espíritu para no ser materialista).

Para concluir, desde el momento en que me he confesado: soy lo que me falta, o aun, ampliando, *lo que siento* que me falta, sin saber exactamente que entonces mis deseos se han identificado a necesidades. Mi exteriorización se encuentra agravada con ello sin medida. Pero también resulta que me he vuelto objetivo (si es posible) y simple (en tanto es posible). Entonces puedo intentar hablar de esa palabra que procede de la necesidad y que difiere de la que consiste en hablar para no decir nada.

Explicaremos luego por qué hay, que ver en algo análogo, el punto de partida de todo verdadero pensamiento comunista; queremos decir:

que no sacrifique nada de las posibilidades del pensamiento, y que pueda decirse de él que es comunista. Entretanto no hay que esperar que demos aquí muchos ejemplos de esta palabra. Nadie ha intentado nunca ni intentará nunca emplear continuamente esta palabra. Basta con que sea imaginable, como extremo ideal. Y que además, sea posible encontrarla fragmentariamente en la voz que surge, aquí y allá, bajo la palabra de las literaturas. Esta última puede entonces medirse con la palabra perfecta que se imagina, tomada como criterio. Es todavía muy temprano para explicar detalladamente cómo sucede que sean los escritores no comunistas quienes más se han acercado a este ideal. ¿Por qué, pues, requeridos a dar de cualquier modo ejemplos, daríamos primeramente aquí, limitándonos a los escritores franceses contemporáneos, nombres como los de Georges Bataille, Raymond Queneau, Michel Leiris, Maurice Blanchot? Si es preciso decirlo en general, se debe a que jamás han escrito nada que manifieste que han olvidado la existencia de lo que es puramente posible, de lo que no se dice, de lo que no es seguro, de lo que todavía no es conocido, reconocido, clasificado, nombrado, estudiado, y que existe sin embargo, es vivido, perseguido, exigido, o simplemente sentido como una falta. Los tomamos como ejemplo de los que no aceptan, cuando hablan, perder de vista lo que *falta*, lo que *se calla*, lo que *no es conocido*. O que, habiendo decidido ver si uno puede confiar en la propia imaginación, se esfuerzan verdaderamente, al hacer eso, en estar siempre al menos a *la altura* de las cosas, de su riqueza, o no demasiado por debajo. Por cierto esto no basta todavía para asegurar a la palabra su plenitud extrema. Pero garantiza al menos la más indispensable reserva sobre lo que no se dice, por ejemplo. Y sin una reserva semejante, no hay comunicación posible. Sin cierta sensibilidad ante la insuficiencia de la palabra y no ante cualquier insuficiencia, sino precisamente ante la que resulta del hecho de que hay cosas que no puede decir, y que pueden *tener razón* sin embargo, y tener razón contra ella, y que ella lo sabe —sin esta sensibilidad a lo que no habla (y a los que no hablan), se dudaría si la palabra tiende a otra cosa que asegurar el reino de la futilidad sonora. Fuera de esto, en todo caso es imposible no colocar al que habla en la categoría de los *poseedores privados de los medios de expresión*.

En el momento en que estamos escribiendo esto, sabemos —yo sé, ustedes saben, todo el mundo sabe, que un millón de hindúes deben morir, habrán muerto de hambre durante el año. Y muy bien, no es la muerte lo que resulta tan molesto. El hombre es mortal y los cerca de dos millones actualmente vivos con nosotros estarán todos muertos antes

de mucho tiempo. Lo fastidioso, es que siendo esto así, y siendo conocido —que un millón de hindúes morirán durante el año— no hay verdad posible. Queremos decir que no hay comunicación, no hay expresión posible. Esto que digo no vale ciertamente para el hindú que sabe que va a morir, y que sabe que todo el mundo sabe que va a morir, y no vale ciertamente para mí que sé todo eso. Yo puedo hablarle. El no puede oírme. Nadie puede decirle nada. He aquí alguien a quien no puedes convencer, a quien ni siquiera puedes pensar en dirigirle la *palabra*. *En consecuencia él tiene razón*. Esto equivale a decir, o que no es posible hablar, o que es necesario hacerlo de tal modo que lo que se diga se adecúe a quien está a punto de morir de hambre en este mundo en el que la ocupación primera de algunos es hablar, decir las cosas. No se trata de una preocupación política lo que hace que nos ocupemos de la India, de las hambres, del socialismo, de las revoluciones. Se trata de la necesidad de asegurar a la comunicación su realidad. Es universal, o no es nada. ¹

¹ Dionys Mascolo, **El comunismo. Revolución y comunicación o la dialéctica de los valores y las necesidades**, París, Gallimard, 1953. Cap. primero, II. Traducción de M. Zacuto.